
Revista Iberoamericana, Vol. LXXVI, Núm. 232-233, Julio-Diciembre 2010, 621-640

UN MÁS ALLÁ FEMENINO EN EL CORAZÓN DEL *HOMBRE NUEVO*
(*ESCRITO PARA NO MORIR* DE MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ PERDOMO)

POR

RAQUEL ALFARO

La errancia del amor, la necesidad de recorrer caminos y cuerpos, deja a veces una triste sensación de abandono que se siente en la piel mientras el corazón sigue amando la señal del último adiós desde el puerto donde ancló la pasada noche. (Vásquez Perdomo, *Escrito para no morir* 429)

La narrativa guerrillera guevariana postula al *hombre nuevo* como una subjetividad alternativa base de un estado revolucionario de corte socialista y derivada de la superación del sujeto modelo de la sociedad liberal burguesa. Esta subjetividad, en principio, masculina y colectiva se apropia del ámbito doméstico privado consignado a la mujer dentro de la estructura liberal¹ y ubica al colectivo femenino en las zonas liminales del estado revolucionario proyectado. Mientras la masculinidad burguesa nace de la oposición hombre/mujer, la formación de la subjetividad guerrillera masculina prescinde del referente concreto “mujer” y presenta a lo femenino como una entidad abstracta e idealizada: la patria (Rodríguez 30-38). Aunque en este aspecto el imaginario guerrillero no se distancia demasiado del liberal que también idealiza a la mujer y la cancela como entidad con poder de gestión política,² la diferencia estriba en que la subjetividad masculina guerrillera emerge de su contraposición a otra entidad masculina (el sujeto burgués liberal) y de la articulación de una comunidad conformada por

¹ Me refiero al liberalismo burgués oligárquico gestado en el siglo XIX y a raíz del cual se produce una reconfiguración familiar-social.

² Algunos versos del poema “La duquesa Job” del mejicano Manuel Gutiérrez Nájera son una muestra de esta visión idealizada de la mujer: “No tiene alhajas mi duquesita,/pero es tan guapa, y es tan bonita,/ y tiene un cuerpo tan *tan*, tan *pschutt*;/ de tal manera trasciende a Francia/ que no la igualan en elegancia/ ni las clientes de Hélène Kossut.// Desde las puertas de la Sorpresa/ hasta la esquina de Jockey Club./ no hay española, yanqui o francesa./ ni más bonita, ni más traviesa/ que la duquesa del Duque Job.// ¡Cómo resuena su taconeó/ en las baldosas! ¡Con qué meneó/ luce su talle de tentación!/ ¡Con qué airecito de aristocracia/ mira a los hombres, y con qué gracia/ frunce los labios —¡Mimí Pinson!”.

hombres. La exclusión de la mujer del momento constitutivo de esta nueva subjetividad paradójicamente libera a este colectivo femenino de toda determinación grupal e individual. Situado en un pasado idealizado o en un futuro estado revolucionario,³ la mujer deviene una ausencia en el presente guerrillero. Así, las mujeres concretas partícipes de los movimientos guerrilleros se hacen visibles no como diferencia sino como parte de un colectivo masculino en vía de convertirse en *hombre nuevo*. En este punto, surge la posibilidad de tachar el artículo “la” que signa lo femenino dentro de una estructura liberal burguesa⁴ y se permite a las mujeres trazar rutas propias, ya no predeterminadas por el falogocentrismo, en la página en blanco que la *episteme* guerrillera les obsequia. Ésta es la apuesta que María Eugenia Vásquez Perdomo hace en *Escrito para no morir*. Sin dejar de asumir una posición crítica con respecto al movimiento guerrillero, va a subrayar la importancia de su participación activa en el mismo cara a su proyecto de liberación personal. De este modo, la guerrilla tanto urbana como rural se presenta ante ella como una vía de fuga a la tipología femenina reinante en la sociedad burguesa en la medida en que le da los instrumentos para demoler la subjetividad que la limita, para embarcarse en múltiples devenires aunque subordinados a uno mayor: *devenir hombre nuevo*, y para seguir inventándose lejos de la sombra de los ideales revolucionarios cuando su nueva subjetividad expuesta al sol democrático deja de ser funcional.

Una serie de coincidencias sugieren la existencia de una deuda que vincularía la narrativa guerrillera guevariana al pensador y poeta modernista José Martí. El punto de partida está en el bautizo de la nueva subjetividad revolucionaria con el nombre de *hombre nuevo*, el cual emerge de *Nuestra América* y refiere al sujeto ideal base del proyecto nacional integracionista de Martí. Esta primera coincidencia lleva a pensar que la narrativa guerrillera se articula con el proyecto martiano e imagina el proceso revolucionario como una continuación del mismo. Martí va a postular la integración hispanoamericana como una manera de hacer frente a la amenaza imperialista estadounidense, y va a imaginarla en términos de una articulación de diferencias (indígenas, afroamericanos, criollos) en una unidad armónica. Aunque Martí jamás piensa a su *hombre nuevo* como una entidad colectiva ni tampoco lo imagina como resultado de un proceso de homogeneización, lo que sí sucede al interior de la narrativa guevariana, su planteamiento no deja de ser útil a la propuesta revolucionaria que también es una reacción ante el imperialismo, que cree en la urgencia de viabilizar la

³ En cualquiera de los dos casos, inscritas en el pasado o en el futuro, las mujeres son siempre imaginadas cumpliendo roles tradicionalmente asignados a ellas.

⁴ La controversial declaración de Jacques Lacan: “la mujer no existe”, cuestiona el carácter universal que imprime el artículo determinante en el sustantivo “mujer”. Las mujeres –afirma– “no se prestan a generalizaciones, ni siquiera a la generalización falogocentrista”. Por tanto, la mujer no puede sino ser pensada como “no toda” (Evans, *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano* 133).

integración latinoamericana y que postula una modernidad alternativa (el socialismo) imaginándola como un escenario político ideal libre de diferencias y en consecuencia de asimetrías.

Esta narrativa guerrillera además va a rescatar la articulación de la belicosidad/virilidad y sensibilidad en el *hombre nuevo* martiano a la hora de crear una subjetividad guerrillera.⁵ El guerrero martiano lucha en el campo de batalla así como en un plano simbólico⁶ con el objetivo de crear una nación hispanoamericana. Así, la eliminación del enemigo colonizador y de la amenaza imperialista, en este caso, está ligada a la creación de tal escenario nacional como resultado de conciliación de diferencias culturales. Este acto creador de nación exige el ejercicio de una violencia medida y limitada por la sensibilidad para no reproducir el gesto violento del imperialismo norteamericano.⁷ Esta combinación va a ser rescatada y reconfigurada en el *hombre nuevo* guevariano. Movido también por el deseo de producir una gran nación latinoamericana, el guerrillero tiene licencia para usar la violencia no sólo frente al enemigo evidente (el ejército) sino también cara a la sociedad y al interior de la propia organización guerrillera. La resistencia de grupos rurales a dar apoyo al movimiento guerrillero va a ser pasible a sanciones. Asimismo, infracciones menores (como robar comida) y mayores (insubordinación, desertión y derrotismo) de los miembros de la tropa van a ser susceptibles a castigos. Se añade el adoctrinamiento dirigido a ganar simpatizantes y generar una base social que

⁵ *Diario de campaña*, texto escrito por José Martí, presenta interesantes puntos de coincidencia entre la experiencia del guerrero independentista y el guerrillero guevariano. Primero, ambos se ven forzados a internarse en un espacio desconocido y por ende peligroso (el monte), sufriendo penurias durante su travesía por la escasez de alimento y la amenaza del encuentro con el enemigo. Segundo, el grupo de combate es heterogéneo aunque se mueven como unidad debido a que poseen un objetivo común: “Ya estamos en el rancho de Tavera, donde acampa la guerrilla. En fila nos aguardan vestidos desiguales, de camiseta algunos, camisa y pantalón otros, otros chamarreta y calzón crudo: yareyes de pico: negros, pardos, dos españoles, Galano, blanco” (71). Finalmente, el guerrero ideal en ambos une el ejercicio del poder para disciplinar con el deseo de proteger al compañero, al subalterno, a quien ama: “Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos [...] mima, con verdad, a sus ayudantes blancos [...] y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa [...] mide, uno a uno a sus soldados” (84).

⁶ La fortaleza del modelo político estadounidense genera admiración en Martí como en otros pensadores del momento como Rodó, por ejemplo. Por eso, se hace énfasis en establecer una clara distancia con éste. La sensibilidad opuesta al individualismo y utilitarismo le permite a Martí imprimir esa marca diferencial en su proyecto.

⁷ En *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ernesto Ché Guevara subraya la necesidad de constituir una base social como medio para asegurar movilidad al cuerpo guerrillero en la zona: “En esos momentos nosotros dedicábamos nuestro tiempo a la tarea de hacer contacto con campesinos que sirvieran de enlace y que pudieran crear centros de contacto con la zona que ya se estaba agrandando; así íbamos localizando las casas que servían de abastecimiento a nuestras tropas, y allí instalábamos los almacenes de donde se trasladaban los abastecimientos según nuestros requerimientos. Estos lugares servían también de postas para las rápidas diligencias humanas que se trasladaban por el filo de la Maestra de un lugar al otro de la Sierra” (“Una entrevista famosa” 63).

permita a la guerrilla desplazarse como *pez en el agua* a la manera del ejercicio de una violencia simbólica.⁸ Finalmente, se tiene el *proceso de demolición de la subjetividad* del individuo como un paso previo indispensable en su *devenir hombre nuevo*.⁹ No obstante, este uso de la fuerza del *hombre nuevo* guevariano muchas veces extremo idealmente no va a ser indiscriminado ni tampoco va a pretender la imposición de un orden que lo beneficie exclusivamente a él. Por el contrario, sus actos violentos son concebidos como la expresión de una *disciplina amorosa* impuesta a sí mismo, a la tropa guerrillera y a la sociedad en su conjunto, la cual está subordinada al objetivo mayor de crear un nuevo estado donde las condiciones sean más justas para todos: “The New Man is ‘the man who gives everything for others.’ To keep on pushing oneself is discipline, and discipline comes to be an exercise in giving, and giving, a synonym of *tendresse* (love).” (Rodríguez 45).

Esta diada disciplina/amor constitutiva de la subjetividad guerrillera guevariana es una expresión de la virilidad distinta a la que caracteriza al *hombre nuevo* martiano. A pesar de que el nuevo sujeto revolucionario no emerge de una economía de la diferencia que opone hombre a mujer, todavía está en juego la virilidad puesto que la figura central sigue siendo masculina. Sin embargo, esta virilidad está estrechamente ligada a la sensibilidad que dentro del imaginario burgués liberal es pensado como un rasgo propio del ser mujer. Esta simbiosis tiene dos objetivos. Primero, pretende generar una masculinidad completa. Y segundo, busca sacar la sensibilidad del espacio íntimo, llevarla al ámbito de la guerrilla para que alimente relaciones fraternas, y producir así una comunidad (un colectivo homosocial) con la solidez del núcleo familiar.¹⁰ El

⁸ En *Fracturas de memoria*, Maren y Marcelo Viñar afirman que la tortura tiene como objetivo la demolición de la subjetividad del individuo (en los casos analizados por ellos: del preso político) que implica su vaciamiento total de sentido para poder inscribir otro orden sobre él. Considero que este proceso también tiene lugar en la constitución de la subjetividad guerrillera.

⁹ En *Los días de la selva* Mario Payeras relata cómo miembros de su grupo guerrillero dedican voluntariamente tiempo y energía a la caza, incluso poniendo en riesgo sus vidas, con el propósito de proveer alimento a todos sus compañeros (37). Subraya también la angustia colectiva que embarga al grupo cuando es forzado a abandonar a un compañero en la selva y el extravío que siente este individuo alejado de su nuevo núcleo familiar: “Quienes regresan al campamento después de haber estado perdidos, llegan con un brillo especial en los ojos que es difícil olvidar” (42). En el texto testimonial de Omar Cabezas, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, se apunta que el recuerdo de los compañeros y la esperanza del reencuentro permite al guerrillero afrontar las dificultades diarias: “Para mí el recuerdo era el de mis compañeros, de mi unidad de combate” (127). Esa es la razón de la alegría de Omar al reconocer y ser reconocido por uno de sus compañeros: “Me pongo a la orilla del *Gato* y siento el mismo olor que yo tenía, el mismo olor de mi mochila, el mismo olor de mi hamaca, de mi cobija [] pero tenía un olor también un poco distinto [] me abraza y entonces yo lo abrazo y el *Gato* se cae de la hamaca y caemos los dos abrazados en el suelo” (150-1).

¹⁰ Este temor es compartido por Martí. De allí que la figura de Oscar Wilde lo seduzca y lo incomode al mismo tiempo. Martí dota a su hombre nuevo de sensibilidad mas sabe que esa conexión con lo femenino es peligrosa en la medida en que puede producirse un desborde y crear un personaje como

problema radica en que la inclusión de lo femenino en la subjetividad guerrillera conlleva la amenaza de que lo masculino pierda terreno frente a lo femenino y este último devenga la energía determinante de la subjetividad por nacer.¹¹ Frente a esto, la narrativa guerrillera va a empeñarse en conjurar el peligro a través de la estigmatización de ciertos comportamientos que muestran un desequilibrio a favor de la sensibilidad: “The New Man is born with an injunction, that he is not to be a ‘little woman,’ he is not to be a ‘faggot’” (Rodríguez 46). No obstante, va a resultar imposible evitar en todo momento que el flujo femenino desborde el cuerpo masculino al que está conectado. De allí que la sensibilidad se va a convertir en una fisura en el constructo del *hombre nuevo guevariano*.

Aprovechando la existencia de esta fisura que es mucho más profunda al interior de la organización M-19 a la que está adscrita, Vásquez Perdomo emprende un proceso de constitución de su propia subjetividad en el centro de esa otra producida por la narrativa guerrillera guevariana. El M-19 desde su inicio se perfila como un movimiento armado que persigue la restitución del escenario democrático puesto que parte del presupuesto de que lo importante es ofrecer las condiciones adecuadas para proponer un nuevo modelo estatal y pensar las posibilidades de viabilizar su articulación de una forma pacífica. Lo que supone que el empleo de la violencia en este caso resulta sólo un medio para crear el ambiente adecuado en el que se pueda proponer el estado proyectado, cuya instauración tendría que darse sin necesidad de la intervención armada aunque quizás respaldada por ésta.¹² Como resultado de esta tendencia democrática se tiene la democratización al interior de la organización misma. De allí que presente una apertura excepcional y acepte la inclusión de la mujer a la filas guerrilleras en condiciones similares a las de los hombres, es decir, con posibilidades de ascenso. Es en este marco

Wilde. No obstante, es consciente también que es imposible prescindir de la sensibilidad dado que ella da medida a la violencia a la par de permitir el acto creador que articula diferencias en lugar de borrarlas (Ver Molloy, “Too Wilde for Comfort: Desire and Ideology In Fin-de-Siecle Spanish America”).

¹¹ El 19 de marzo de 1970 se llevan a cabo las elecciones presidenciales y gana el general Rojas Pinilla, representante del partido liberal. No obstante, se produce un fraude que termina favoreciendo y colocando el poder en manos del partido conservador. Éste se constituye en el detonante para la creación del M-19, aunque su fundación tendrá lugar tres años después en Cali. La emergencia de este movimiento entonces es una reacción ante el fraude electoral que perpetúa de algún modo el manejo bipartidista iniciado en 1958, el cual provoca la suspensión del juego democrático prometiendo la alternación sistemáticamente del poder entre los partidos liberal y conservador. Así, el M-19 se proyecta desde un principio como una organización armada que busca la restitución del escenario democrático y difiere la instauración de un nuevo modelo estatal para el momento en que se consiga crear tal espacio. Un signo de su proyección democrática es el robo de la espada de Bolívar con el que se da a conocer, pues el mismo es un gesto simbólico que expresa el deseo de ganar simpatizantes a través del juego (recuérdese que la publicidad anticipa el acto sin develarlo produciendo expectativa en la audiencia) en lugar de optar por una acción violenta que convoque aterrizando (Ver *Aquel 19 será* de Darío Villamizar).

¹² La clandestinidad impone silencio a Vásquez Perdomo. Sus actividades dentro de la organización revolucionaria van a ser secretas incluso para su marido.

creado por la peculiaridad del M-19 que Vásquez Perdomo principia la creación de una nueva subjetividad tomando como punto de partida el extrañamiento y el extravío de su *sí mismo-mujer* articulado por la discursividad dominante. Devenir el *hombre nuevo* de la revolución impone el sometimiento voluntario del individuo a un proceso de des-subjetivación que implica un paulatino despojamiento de comportamientos, gustos, vicios, pensamientos burgueses a partir de su alejamiento del entorno citadino (burgués) y su ubicación en un territorio desconocido y agreste que viabiliza el extrañamiento de lo ordinario tras colocar al individuo en situaciones extremas. Por eso, la iniciación del guerrillero normalmente se produce en el monte o en la selva. Tanto el texto testimonial *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* de Omar Cabezas como *Los días de la selva* de Mario Payeras subrayan la importancia de estas locaciones inhóspitas en el proceso de demolición de la subjetividad todavía burguesa-liberal de quien desea ser miembro activo del movimiento revolucionario. El ingreso del individuo a estas geografías está enlazado con una pérdida absoluta de control sobre la situación así como sobre sí mismo. Su cuerpo le pertenece al mando revolucionario y a la naturaleza en ese orden puesto que el primero determina su desplazamiento y la segunda hace sentir su poder causándole dolor. Pronto las coordenadas temporales y espaciales se esfuman. En el territorio desconocido se pierde la noción del tiempo y es imposible ubicarse usando la lógica citadina o empleando el aliado del explorador: la brújula. Esto indudablemente incrementa la sensación de desprotección. Se suma a lo anotado, el dolor físico extremo derivado de caminatas interminables, falta de alimento y sueño, heridas y enfermedades, así como un sufrimiento emocional intenso producto de la transformación del recuerdo en una herida abierta cuya sanación supone el olvido de su mundo, por tanto, una pérdida infinita. Como resultado se tiene el vaciamiento de sentidos del cuerpo de quien busca ser guerrillero. Este ser ya libre de marcas simbólicas e imaginarias se convierte en una superficie disponible para la escritura de otro orden, el guerrillero. Por esta razón, el adoctrinamiento se produce de manera paralela al vaciamiento especialmente en momentos críticos, pues ante el vacío de sentido, la voz de quien comanda la tropa gana autoridad plena y deviene incuestionable. El cuerpo vaciado así es recargado con el sentido revolucionario y se produce el *devenir hombre nuevo*:

De modo que cuando [...] te fracturan el recuerdo, es como que te rompen el único hilo invisible que vos conservabas de alimentación con tu presente [...] Ahí sí, uno empieza a sentir la soledad, te sentís aislado y entonces si vos no tenés una estructura mental político-ideológica, te desertás o te volvéis loco [...] Si yo no hubiera tenido una razón de ser, otra razón de ser, como era la de luchar por la liberación de Nicaragua, me hubiera convertido en una mierda. (Cabezas 220)



La participación en la guerrilla urbana también impone un proceso de des-subjetivación como iniciación aunque el mismo presenta una forma distinta a la que adopta en el movimiento revolucionario rural. En este caso el individuo no es arrancado de un entorno familiar para ser lanzado a uno desconocido, sino que es forzado por las circunstancias a enfrentar y vivir un medio antes familiar como un territorio extraño. Esto debido a que su participación en un frente revolucionario inserto en la ciudad transforma su entorno en una geografía poblada de peligros y enemigos antes no asumidos existencialmente. Cualquier persona, incluso aquellas con quienes se tiene una relación próxima e íntima, puede constituirse en una amenaza. Así, las nuevas condiciones crean una distancia imaginaria con el ambiente antes afectivamente cercano y al mismo tiempo descubren otros circuitos, aquellos por los cuales transitan los guerrilleros urbanos, que subyacen a la cartografía urbana oficial. Además, sucede la pérdida de confianza en amigos y familiares que no son simpatizantes del proyecto revolucionario: “Y para amar es preciso confiar” (Vásquez Perdomo 144). Siendo que los intercambios afectivos están determinados por la confiabilidad de las partes, se provoca el repliegue del individuo a la comunidad guerrillera y la asunción de la misma como un reemplazo del núcleo familiar y del círculo de amistades a los que el individuo estaba ligado antes de su ingreso al movimiento revolucionario:

De ese afecto sacaba fuerzas cuando la sensación de soledad e impotencia me cercaba, cuando el miedo me espiaba por la ventana, cuando tanta renuncia me entristecía. Entonces odiaba a ese enemigo abstracto [...] ese monstruo que nos obligaba a vivir escondidos, a ocultar los amores, a alejarnos de los amigos, a llamarnos de otra manera, a vestir con ropa prestada, a fingir siempre frente a los desconocidos. Entre el amor por mi gente y el odio por el enemigo encontré una fuerza pasional que me mantuvo en la militancia. (191)

Se suma a lo previo el hecho de que la urgencia se imprime en cada acto. Si la vida está en juego en todo momento, en la más insignificante acción, entonces el tiempo ya no puede percibirse del mismo modo. Se esfuma la rutina diaria con el control, previsibilidad y seguridades que ella supone, y es sustituida por un racimo de actividades determinadas por las exigencias del momento tanto personales (por ejemplo, la huida) como revolucionarias (acciones parte de un operativo). Otro ritmo se impone casi imperceptiblemente. De este modo, el ingreso a la guerrilla urbana induce el extrañamiento del mundo ordinario con la subsecuente pérdida de referentes afectivos, espaciales y temporales; seguido del descubrimiento de una geografía absolutamente desconocida que determina otro pulso temporal y al interior de la cual el individuo es incorporado a otras redes afectivas.

De lo anterior resulta que la clandestinidad es un imperativo en la guerrilla urbana entre otras razones debido a que permite el proceso de des-subjetivación. La

peligrosidad del entorno y la imposibilidad de identificar claramente a la amenaza o al enemigo obliga al individuo a protegerse a través de la construcción de una ficción que funcione como una vida-fachada y esconda sus actividades guerrilleras. Esta doble vida no hace más que aumentar la afectividad de estas relaciones para alimentar con tal energía emocional las redes de la comunidad guerrillera. Ahora, esta transferencia afectiva convierte un sentimiento estable y fijo (el amor fraternal o filial que cohesiona grupos familiares y círculos de amistades al interior de una sociedad burguesa liberal) en uno discontinuo y fugaz. Esto porque la clandestinidad exige el ocultamiento de la filiación revolucionaria, impone desplazamientos constantes como medidas de protección y/o como requisito para la realización de alguna acción subversiva, negando la posibilidad de contactos y convivencias extensas. No obstante, esto no significa que las relaciones guerrilleras estén condenadas a una corta duración y poca o nula incidencia emocional en los partícipes de la misma. Tienen la capacidad de perpetuarse y prolongarse, sin lo cual resultaría imposible generar una comunidad, aunque trazando su continuo como un encadenamiento de rupturas e irrupciones. De allí que para imprimir perdurabilidad en estas relaciones afectivas sea preciso añadir intensidad a su discontinuidad y fugacidad puesto que de lo contrario sería imposible que un encuentro de minutos entre guerrilleros provoque un nexo fuerte comparable a uno derivado de una larga convivencia. De donde resulta que la clandestinidad consigue arrancar al individuo de la red afectiva burguesa expuesta, cuya finalidad es la cohesión de la sociedad y el control de sus miembros, para insertarlo en una estructura similar (la comunidad guerrillera) aunque mucho más fuerte por su carácter secreto, el cual cancela la autonomía del individuo y lo convierte en parte de este colectivo *hombre nuevo* que comienza a regir sus acciones y pensamientos.

Pero la clandestinidad que permite el proceso de des-subjetivación necesario para el engendramiento del *hombre nuevo* guevariano, también tiene el poder para desencadenar un flujo delirante de identidades, el cual paradójicamente puede producir fisuras en la subjetividad revolucionaria naciente. Esta segunda alternativa, es decir, la conexión de la demolición de la subjetividad burguesa-liberal con una multiplicidad identitaria delirante va a ser la opción de Vásquez Perdomo. La simulación y el performance no tienen secretos para ella dado que desde niña los emplea como mecanismos para evitar su fijación en la identidad “mujer”. Por ejemplo, ella usaba una máscara de indiferencia y fortaleza para cubrir los signos de cansancio en las cacerías siendo aun niña. Esto con el fin de ser aceptada por el grupo aunque no fuera en términos de igualdad como deseaba,¹³ sino como una concesión a su singularidad: “Recuerdo aún el cansancio, la sed y un sol que parecía derretirme desde la cabeza. Nunca me quejé para no perder puntaje, porque yo me sentía inmensamente orgullosa de ser tan aguantadora que me

¹³ Recuérdesse que Vásquez Perdomo declara que ella cuando niña deseaba ser hombre.

aceptaban los duros” (39). Así, representa el papel de hombre cazador y emplea la simulación para cubrir rastros de comportamientos que dentro del imaginario liberal burgués son asociados con el ser mujer. Y todo esto lo hace siguiendo un flujo deseante: ser hombre, ser igual a su padrastro. Su pasado previo a su ingreso a la guerrilla está plagado de anécdotas de este orden que Vásquez Perdomo no por casualidad destaca en su testimonio, pues todas revelan diferentes deseos que la seducen y la llevan a representar distintos roles con los cuales termina confundándose. De lo que se deriva que su *performance* contiene la potencia del devenir deleuzeano y a la vez el de la mimesis de Michael Taussig. En este sentido, su (re)presentación de un papel cualquiera como devenir pone en relación dos naturalezas absolutamente distintas sin dejar que prime una sobre la otra o buscar su fusión, sino más bien preservándolas en tensión. Esto con el propósito de crear un entre-lugar y situarse allí para alimentarse de ambas energías. Así, llega a generar (re)producciones fallidas de lo que está conectado por la línea del devenir: “I want to dwell on *this notion of copy, in magical practice, affecting the original to such a degree that the representation shares in or acquires the properties of the represented*” (Taussig 47-8). De este modo, el jugar a ser otro deriva en la producción de una copia defectuosa del otro cuyo poder paradójicamente radica en la falla: “as both chanter and person chanted about, as demonstrator and demonstrated, he creates the bridge between original and copy that brings a new force, the third force of magical power, to intervene in the human world” (106). Ahora, estos *devenires miméticos* dejan restos: huellas del intercambio, en el cuerpo de Vásquez Perdomo que la colman para finalmente llevarla a un punto en que “es capaz de multiplicar su diferencia en una prole deseante de subjetividades singulares” (Duchesne, *Política de la caricia* 211).

De lo anterior resulta que la guerrilla le regala a Vásquez Perdomo la posibilidad de completar un proceso iniciado en la infancia y que la acompaña hasta encontrarse con el camino de la guerrilla. Su proyecto de liberarse de una subjetividad que le da un margen mínimo de libertad para la (auto)creación no es algo nuevo para ella, quien ya ha explorado –aunque no de una forma sistemática– maneras de desmarcarse del estereotipo en el cual la sociedad quiere forzarla a calzar:

Había tenido el tiempo de construir una imagen a la que quería ajustar mis actos [...] Ese querer ser, como colcha de retazos, traía pedazos de personajes que admiraba de niña, a los cuales prestaba cualidades para tejerlas hasta formar ese imaginario del que hablo [...] Francisco de Asís y Juana de Arco hasta superhéroes como Batman, con pinceladas de seres queridos como mi mamá y mi abuelo. Pero también introduce valores nuevos tomados del Che y de Tania la Guerrillera [...] (Vásquez Perdomo 88)

La asociación al movimiento guerrillero entonces le da la posibilidad de continuar y terminar el curso de la des-subjetivación requerida como paso previo para emprender su

reconstrucción autónoma y múltiple (ser muchos a la vez), siguiendo las líneas trazadas por su propio deseo.¹⁴ En este sentido, la demolición de la subjetividad alimentada por el mundo guerrillero permite a Vásquez Perdomo la producción de una *identidad mosaico* que no va a responder precisamente a las prioridades y objetivos de la ideología revolucionaria de corte guevariano, es decir, la creación de la subjetividad colectiva masculina llamada *hombre nuevo*.

Queda claro entonces que el sometimiento voluntario al proceso demoledor de subjetividades de Vásquez Perdomo es motivado por algo más que la búsqueda del goce derivado de la asociación al movimiento guerrillero, el cual implica la conjuración de la soledad derivada del individualismo que signa a las sociedades modernas liberales, y la recuperación del poder de gestión política como parte de la comunidad guerrillera y del *hombre nuevo* colectivo. Su *goce más* escapa de la lógica falogocentrista que sigue imperando dentro del movimiento revolucionario guevariano. Tiene más bien que ver con la *sensibilidad creadora* con la que Martí dota a su *hombre nuevo*, la cual libera la imaginación del individuo y permite concebir modos de articulación de diferencias culturales evadiendo todo impulso homogenizador. Esta libertad creadora está negada al *hombre nuevo guevariano* por la correspondencia de este último al paradigma socialista –vía de modernización alternativa– que establece la homogenización de la población como presupuesto para el funcionamiento de su modelo estatal. Asimismo, la subjetividad revolucionaria siendo colectiva no admite la creatividad individual de sus miembros.¹⁵ Se añade el hecho de que éstos son pensados como partícipes de un proceso histórico (por supuesto no definido por alguien en particular ni siquiera por los ideólogos de la guerrilla), y al margen de las instancias en las cuales se diseña el proyecto guerrillero encaminado a la aceleración de tal curso histórico.¹⁶ En este sentido, aunque no deja de pesar la pertenencia a una forma comunitaria donde idealmente los objetivos comunes priman sobre cualquier interés personal, así como importa dejar

¹⁴ La noción de “deseo” que Gilles Deleuze y Félix Guattari ofrecen es pertinente en este caso. En *El antedipo*, se refieren al mismo en los siguientes términos: “Las máquinas deseantes son máquinas binarias, de regla binaria o de régimen asociativo; una máquina siempre va acoplada a otra. La síntesis productiva, la producción de producción, posee una forma conectiva: ‘y’, ‘y además’ [...] la serie binaria es lineal en todas las direcciones. El deseo no cesa de efectuar el acoplamiento de flujos continuos y de objetos parciales esencialmente fragmentarios y fragmentados. El deseo hace fluir, fluye y corta” (15).

¹⁵ En “Socialismo y el hombre nuevo”, Ché Guevara afirma que la formación del *hombre nuevo* depende de la paulatina renuncia a la individualidad, es decir, a seguir impulsos personales y a actuar movido por intereses propios, pues esto permite la consolidación de una colectividad con la capacidad para dibujar trayectorias como un solo cuerpo aunque claro siguiendo a los “hombres de avanzada” (ideológicamente *avanzados* con respecto a la tropa o al pueblo), quienes sin embargo “caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas”.

¹⁶ Se asume el socialismo como la etapa siguiente en el proceso evolutivo histórico. Por tanto, los movimientos armados no hacen más que acelerar el desarrollo histórico sin realmente cambiar o crear algo absolutamente nuevo y distinto a lo que se espera.

de ser un sujeto pasivo sobre el que la historia se inscribe, y ganar la calidad de gestor de la historia personal y colectiva a través de la filiación a una comunidad guerrillera, lo que realmente interesa a Vásquez Perdomo de su asociación con este movimiento revolucionario y su inscripción en el devenir *hombre nuevo guevariano* se sitúa más allá del goce guerrillero, aunque es inconcebible sin éste.

Primero, la guerrilla le da la posibilidad de terminar de despojarse del cuerpo liberal (mujer burguesa) que la sujeta. Segundo, le permite extrañar comportamientos y prácticas naturalizados en el ser mujer dentro y fuera del marco guerrillero a través de la (re)presentación de diversos roles femeninos aceptados socialmente, siguiendo paradójicamente las exigencias de la guerrilla urbana. Tercero, le deja explorar sus propios deseos ya no circunscritos ni siquiera al marco guerrillero en la medida en que se desmarcan incluso del falogocentrismo. Cuarto y último, facilita su conexión con una multiplicidad de devenires (probar y ensayar ser muchos), pero ya no restringida por los objetivos y metas del movimiento guerrillero, dándole la posibilidad de enrolarse en un proceso infinito de autocreación.

La pertenencia al movimiento revolucionario cancela la posibilidad de cualquier vida matrimonial que otorga a la mujer la posición reproductora en una dimensión física (la maternidad) así como en una imaginaria (del núcleo familiar como célula de la sociedad liberal y del discurso hegemónico), y que ofrece un espacio a la sexualidad así sea limitado (recuérdese que la base homosocial de la comunidad guerrillera obstruye la sexualidad al menos al interior de la organización).¹⁷ De este modo, la renuncia al matrimonio, pase de admisión a la guerrillera, viene seguida de otras renunciaciones: a la maternidad y a la familia. No obstante, también abre un espectro de posibilidades como las relaciones sexuales no normadas, una maternidad alternativa y la participación en la construcción de la comunidad que se deriva del tendido de lazos afectivos y que no es el resultado de relaciones consanguíneas de ascendencia y descendencia. El matrimonio de Vásquez Perdomo que termina sirviendo como una cubierta para su hacer guerrillero a pesar de no haber sido planteado en esos términos de principio, le obsequia la experiencia de la infidelidad:

Supé que hacer el amor con alguien que no fuera Ramiro era posible e igualmente delicioso. Además, con él aprendí a quitarle trascendencia a ese acto placentero. No nos poníamos citas, nos encontrábamos en los operativos y luego con cualquier pretexto nos perdíamos para saborearnos a escondidas. (125)

¹⁷ El propósito de desmarcarse de la institución matrimonial pertenece a Vásquez Perdomo antes de ingresar a la organización guerrillera e incluso se puede decir que ella es parte de una genealogía de mujeres que resisten el matrimonio. Ella resalta el hecho de que su madre “entendió que el matrimonio no era su cruz y no tenía por qué soportarla con la resignación que todos aconsejaban” (25).

Establecida ya la distancia afectiva con su marido debido a que él no es parte de su vida guerrillera y por tanto es un individuo no confiable e imposible objeto de amor, Vásquez Perdomo es empujada a buscar el afecto masculino de un par guerrillero. Esta experiencia le devela la artificialidad del amor vinculado al matrimonio, signado por la fidelidad y por su carácter contractual (partes obligadas a amarse por el término de sus vidas). Al mismo tiempo, descubre el goce encerrado en este acto transgresor que implica la recuperación del control sobre su cuerpo y la viabilidad de un proyecto de vida al margen del contrato nupcial, del control del cónyuge y al amparo de la clandestinidad exigida por el guerrear urbano:

El maldito tomaba el pelo a Sebas diciendo que sobre la pareja no podía existir la propiedad y que era necesario compartir los amores. Cuando ya estábamos dormidos, estiraba su mano hasta mi cama para acariciarme el rostro. Yo me moría de susto y de risa [...] Su oferta de amor sin exclusividad me atrajo. Yo tenía una ganas locas de conocer otras formas de querer distintas del matrimonio. (142-3)

Aunque no desaparece del todo el deseo perverso de una vida matrimonial convencional,¹⁸ Vásquez Perdomo se instala jubilosamente en esta oferta amorosa que le permite tender un tejido afectivo abierto.

Junto con el matrimonio, la posibilidad de la maternidad también es negada: “El oficio de la guerra no era compatible con el de la maternidad”. Sin embargo, esto no implica un sacrificio de parte de Vásquez Perdomo, quien renuncia a ser madre “con pena, pero sin remordimientos” (392). Esto debido a que, por una parte, su hacer guerrillero no está íntimamente determinado por una lógica sacrificial sino impulsado por la sed de peligro: “No nos exigieron sacrificios, nos ofrecieron alternativas de vida ¿Peligrosas? Sí. Pero explorar nuevos caminos siempre trae su riesgo” (127).¹⁹ Y por otra, existe una constante resistencia a la maternidad tradicional debido a que es leída como mecanismo social de reclusión de la mujer en el hogar: “Tenía que atenderlo, lavar pañales, cocinar y arreglar la casa como cualquier otra vecina de pequeño barrio popular” (116), a la vez que como cancelación de toda vía de realización personal: “Él era el intelectual, el que trabajaba, el que hacía política y yo su mujer, la que criaba a su hijo y atendía a él. La división del trabajo no se diferenciaba de la que tuvo que asumir mi abuela a comienzos de siglo” (117). En este sentido, se celebra la

¹⁸ No se supera totalmente el deseo por el placer medido que ofrece la sociedad burguesa: “Por un instante revivo aquella novela titulada *El árabe*, leída en mi niñez, y quisiera que ese hombre me raptara y me ocultara en los pliegues de su túnica para luego poseerme sobre la arena de una duna. Sólo es una ensoñación momentánea” (402).

¹⁹ Se establece claramente una distancia con el discurso guerrillero guevariano que dota a su *hombre nuevo* con la voluntad de sacrificio. Ahora, creo preciso subrayar que este distanciamiento es una opción personal de Vásquez Perdomo y no de la organización guerrillera a la que pertenece.

liberación de la maternidad tradicional y se ensaya una alternativa. Al igual que todas las relaciones al interior de la organización guerrillera, la que se tiene con el hijo está marcada por fugacidad e intensidad dado que el niño queda a cargo de su abuela y padre la mayor parte del tiempo. Pero además la figura del hijo desempeña un rol clave en la particular asimilación del devenir guerrillero de Vásquez Perdomo. Se constituye en el significante vacío al que se carga con el sentido del hacer revolucionario. El hijo encarna los ideales guerrilleros, les da materialidad y los personaliza. Así, el éxito de la empresa revolucionaria deja de significar únicamente el establecimiento de un nuevo estado que asegure condiciones de igualdad para todos (una colectividad abstracta), sino también supone la creación de un mundo mejor para compartirlo con su hijo como iguales.²⁰ Paralelamente se tiene la diseminación de ese hijo en el tejido social. Vásquez Perdomo visualiza a su hijo en todas las personas que precisan de su dirección o apoyo. Entonces, arranca el afecto maternal restringido al círculo madre-hijo y lo emplea para alimentar una comunidad que ya no sólo es guerrillera.²¹ De este modo, la incompatibilidad de la maternidad con la guerrilla permite a Vásquez Perdomo la constitución de una nueva forma de ser madre estableciendo coordenadas geográficas afectivas distintas.

La pérdida de la familia y su suplantación por la comunidad guerrillera viene por añadidura. El núcleo familiar desaparece como efecto de la instauración de una nueva economía de afectos que transforma radicalmente las relaciones filiales y de pareja,

²⁰ Ésta es la razón por la que la muerte de su hijo anula totalmente el sentido de toda su vida guerrillera. Esta muerte no sólo funciona a la manera de una caja de resonancias haciendo eco de muertes previas que atravesaron su existencia, sino por encima de todo implica la desaparición del futuro hacia el cual su hacer se proyectaba.

²¹ El afecto es importante para cohesionar al grupo guerrillero. No obstante, el mismo debe estar desertizado puesto que el objetivo es generar una comunidad ascética donde el sexo no tiene cabida más que como un recuerdo o como parte de la vida futura en el nuevo estado instaurado por el hacer guerrillero. Esto debido quizás al propósito subyacente de canalizar la libido del guerrero únicamente hacia la actividad bélica. En *Los días de la selva* Payeras, por una parte, subraya que toda la energía de los integrantes del grupo guerrillero estaba canalizada tanto en tareas dirigidas a la alimentación, protección y cuidado de la tropa, así como a la realización de los combates defensivos y ofensivos. En *La montaña es algo* Cabezas, por su parte, afirma que para superar la vulnerabilidad nacida de imposibilidad de expresar y recibir afecto convencionalmente (“Nosotros no podíamos acariciarnos, éramos puros hombres, no podíamos recibir palabras dulces; entonces, esa soledad, esa ausencia del mimo, que nadie te mima, y que a nadie podés mimar...” [96]), a la par de conseguir convertirse en “otras criaturas más de la montaña, con inteligencia” y “forjar en cada uno de nosotros el acero para derrocar a la dictadura” (97); quienes persiguen devenir *hombres nuevos* aprenden a concentrar toda su energía para encaminarla a la edificación de una nueva sociedad: “como que habíamos almacenado todo el cariño que no podíamos repartir entre nosotros mismos [...] Todo eso almacenado, acumulado, hasta formar por dentro un pozo de ternura, de cariño, como que la falta de azúcar había servido para que se nos acumulara una gran dulzura interior, capaz de hacernos estremecer, de hacernos llorar, de sangrarnos el corazón por las injusticias que mirábamos” (98).

postulando unas ya no limitadas a la célula edípica ni circunscritas al matrimonio sino definidas por el flujo del deseo. En este nuevo escenario, la centralidad del afecto como elemento cohesionador y articulador del grupo revolucionario es indiscutible. No obstante, este aspecto clave en la propuesta guevariana es reconfigurado por Vásquez Perdomo por medio de la re-erotización de la red guerrillera de afectos.²² Dos pasajes ejemplifican el uso particular del afecto por Vásquez Perdomo a la hora de crear comunidades: la “operación democracia y libertad” y su estadía en la cárcel. En el primer caso, Vásquez Perdomo relata de qué modo las guerrilleras consiguen edificar amorosamente una comunidad con sus rehenes:

Los embajadores de Venezuela y México querían mucho a la Chiqui, y ella era especial con los dos. El embajador Barak, de Egipto, trataba a Jorge como a un hijo. Do Nascimento, el de Brasil, y yo, cimentamos un cordialísima relación en torno al té, porque no nos gustaba desayunar con chocolate como todo el mundo. (215)

Este hacer guerrillero claramente femenino está marcado por un exceso de sensibilidad que indudablemente rompe el equilibrio que se trata de preservar en el *hombre nuevo guevariano*. Así, se termina quebrando este constructo y trazando una línea de fuga con respecto a la nueva subjetividad revolucionaria igual de asfixiante que la burguesa liberal cara al colectivo femenino. Pero además, gracias igualmente a este excedente afectivo, se logran producir ciertas formaciones sociales extraordinarias en tanto son resultado de un concierto de diferencias. Se consigue la apertura de una zona de contacto en condiciones de extremo peligro e inseguridad, reemplazando el discurso adoctrinador guerrillero (donde se imbrican la disciplina draconiana y el acto amoroso) por un habla afectuosa que no busca intervenir y determinar el pensamiento del otro sino ensayar modos de convivencia con los diferentes: “Lo que sucedía a una persona afectaba al colectivo; por eso, si alguien se deprimía nos poníamos por tarea, rehenes y guerrilleros, reanimarlo. Lo hacíamos con afecto” (215). Es decir, se trata de una situación política como la entiende Jacques Rancière, pues es un diálogo anclado en el conflicto que no busca la primacía de una verdad a costa de otras, sino que promueve el reposicionamiento de sus interlocutores que permita al uno visualizar y entender (sin comprender) la verdad del otro.

El segundo caso muestra la importancia de la erotización de estos tramados afectivos en la creación de la comunidad. Existe una historia común a todas las presas sin importar su procedencia ni el delito que las tiene recluidas, que refiere a la violencia de la que

²² Ileana Rodríguez subraya el hecho de que el narrador del relato guerrillero habla por una colectividad masculina que ha asimilado a las mujeres: “The I [the narrator] that is masculine becoming a collective subject representing the totality, understood as male and female in all their political spaces” (*Woman, Guerrillas and Love* 35).

han sido y son objeto por parte de los hombres: “una violación o el abuso de hombres adultos de su propia familia; otras formaron parejas con varones que las golpeaban o que cortaban su cuerpo para accederlas carnalmente” (327). Pero la violencia infecta no sólo las relaciones heterosexuales sino incluso las homosexuales siendo que éstas también se inscriben dentro de un marco falogocentrista: “La opción de amar a otra mujer no cambia el esquema de relaciones; allí también seguían presentes el sentido de posesión, los celos, el sufrimiento o el éxtasis, como componentes de un amor desesperado. Entre golpes e insultos se amaban apasionadamente” (328). Entonces y dado que la postura lésbica *per se* no implica necesariamente la superación de un modelo patriarcal, Vásquez Perdomo y otras presas guerrilleras ponen en práctica otros modos de tejer afectivamente un grupo diverso de mujeres. Emprenden la inclusión de presidiarias no políticas a su comunidad, lo que indudablemente produce otras fisuras en la subjetividad guerrillera colectiva postulada por la narrativa guevariana que únicamente admite como miembros a quienes comparten su ideología y respetan un comportamiento ascético. Un ejemplo es la relación de Vásquez Perdomo con Beatriz Rivera. La primera declara “La quise de manera especial, quería aprender, se convirtió en mi alumna y yo sentía que mi experiencia operativa quedaba en las mejores manos” (280). Sin asumir la relación de estas mujeres como homosexual, se tiene que la misma va más allá del terreno de la amistad convencional. Vásquez Perdomo funciona como guía, madre, confidente y compañera. En el plano heterosexual, lo erótico adopta otras formas:

También logramos que nos llevaran, dos veces en la semana, a las canchas de deportes ubicadas en los patios de varones. Ellos se agolpaban tras la reja, y cuando pasaba la fila de mujeres nos llovían piropos bonitos, groseros, vulgares y tiernos. Mientras jugábamos, se oían gritos de todo tipo. Al respecto, ellos sacaban las manos a través de los barrotes para saludar y a veces hasta exhibían su sexo. Pero también se hacían amistades por una simple sonrisa o una frase galante. (323)

No hay fronteras físicas que logren detener el flujo amoroso que impele a la entrega absoluta y el extravío del sí mismo en el otro: “amar y amar, hasta quedar vacía y ofrecer mi cuerpo al deseo de aquellos a quienes amaba” (437). Así como tampoco existen límites para la comunidad deseante abierta nacida como un desvío de la guerrillera y puesta en movimiento por Vásquez Perdomo y el ala femenina revolucionaria. Se logra más bien quebrar el vínculo entre el proceso de des-subjetivación y el devenir *hombre nuevo guevariano* en el que las mujeres concretas se disuelven, y derribar las barreras imaginarias que admiten lo femenino siempre medido y controlado al interior de la organización y dentro del propio guerrillero.

Ahora bien, el rol de las guerreras al estilo de Vásquez Perdomo es sin lugar a dudas activo. Debido a que la organización guerrillera también responde a una estructura

patriarcal y que la nueva subjetividad que postula es masculina, la presencia de mujeres en la tropa así como la autoridad femenina plantea un problema epistémico. Pero dado que la prohibición del ingreso de mujeres a la organización resultaría contraproducente en tanto marginaría a un importante sector de la población que podría muy bien aumentar la base social y en consecuencia la posibilidad de éxito de la empresa revolucionaria, se busca el modo de dar sentido a la presencia y participación activa del colectivo femenino en la guerrilla. Entonces, se borra la diferencia de la mujer y se la inscribe como una entidad más en vía de convertirse en *hombre nuevo*, es decir, parte de la nueva subjetividad masculina postulada por el discurso guerrillero.²³ Esta forma de hacer imaginable la presencia e intervención de mujeres en el proceso revolucionario que pasa por la supresión de su diferencia, conlleva evidentes pérdidas y conflictos, pero a la vez ofrece como ventaja una no absoluta e incluso parcialmente ilusoria igualdad dentro de la comunidad guerrillera que fuerza el extrañamiento de la posición subalterna naturalizada de la mujer al interior de cualquier organismo social. A partir de tal postura crítica, el colectivo femenino partícipe de la guerrilla comienza a emplear los afectos como armas en contra de los órdenes que lo subalternizan de un modo u otro, y como herramientas para emprender un proceso de autoconocimiento y autocreación.

Así, Vásquez Perdomo en calidad de comandante usa el flujo amoroso para derribar resistencias y reticencias de guerrilleros a aceptar el comando de una mujer:

Yo los amaba [a los compañeros que estaban bajo sus órdenes] también. Mejor dicho, el deseo estaba presente en la relación, así nunca los llevara a mi cama, por pura ética. La seducción es también un poder de dominio. Los seduje para que se mantuvieran bajo mis órdenes, porque me gustaba que me miraran como mujer o, tal vez, porque no existía otro espacio para el coqueteo en ese universo tan reducido. (342)

Pero también se sirve del afecto para facilitar procesos de negociación cambiando el perfil guevariano del mando guerrillero (autoridad omnisciente e incuestionable) cuando la mujer comandante admite abiertamente sus limitaciones frente al grupo y muestra también los alcances de sus conocimientos nacidos de su experiencia en la lucha armada urbana, al mismo tiempo que valoriza los saberes particulares de los miembros de la tropa y propone una labor en conjunto con miras a una ejecución exitosa de la misión revolucionaria específica y la empresa guerrillera en general. Un ejemplo de lo anotado es el modo en que Vásquez Perdomo lidia con un grupo de campesinos a su cargo en el monte, quienes con conocimiento absoluto del medio en el que se desplazan, miran con sospecha el proceder de la comandante citadina mujer que no

²³ Por supuesto esto no significa que Vásquez Perdomo cuestione o ignore las órdenes que recibe de otras instancias, pero sí implica que abre un espacio democrático (como lo entiende Jacques Rancière) al interior de la organización guerrillera.

cesa de cometer errores y que demuestra con cada acto su ineficiencia en el área de la guerrilla rural. Lejos de tratar de imponer a través de la fuerza su autoridad y tapar las huellas de su ignorancia con tal violencia, ella expone libremente sus debilidades y desconocimientos, y los sopesa con sus fortalezas y saberes. De este modo, vuelve simétrica la relación entre su mando y la tropa a la par que viabiliza la articulación de diferentes saberes. El curso de la acción guerrillera derivada resulta del esfuerzo compartido y no de la imposición del comando como sucede normalmente.²⁴ Asimismo, gana poder de gestión política como individuo y como colectividad desmarcándose del esquema guevariano que –siguiendo la argumentación de Rodríguez– implica el gesto de un “yo” con pretensiones colectivas (de extraviar su sí mismo en el grupo), pero paradójicamente poseído por la pulsión de separación, es decir, la necesidad de establecer una posición privilegiada para sí dentro del estado proyectado. El mando afectuoso femenino más bien busca conciliaciones al estilo martiano y supone un ejercicio de soberanía al estilo del señor barroco de José Lezama Lima.²⁵

Las guerreras amorosas (Vásquez Perdomo entre ellas) se reconocen como hembras desligándose de la categoría “mujer” que las encorseta en una identidad fija e inmutable tanto dentro de la sociedad burguesa liberal como al interior del estado socialista proyectado por la guerrilla, y resistiendo además a la androgenización demandada a los integrantes del movimiento revolucionario por la discursividad guevariana. Tras encadenar la demolición de la subjetividad con ese otro *devenir mimético* (que permite el esculpido de una copia defectuosa de la subjetividad guevariana), se consigue desviar la fuerza revolucionaria hacia un proceso infinito de autocreación. En ese momento, se produce el “Descubrirme hembra, distinta a ellos, [que] en lugar de enemistarme con el sexo opuesto me adentraba en la comprensión de otras dimensiones de mi ser, todavía desconocidas” (437). Tal descubrimiento por una parte sucede a la exploración del abanico de posibilidades de ser que se abre gracias a la incursión en la guerrilla urbana y la necesidad de jugar a ser otros para mantener escondida la filiación revolucionaria: “Quería, parecía, fingía y, finalmente, adentro estaba yo, sin saber quién era. El mío era un continuo ir y venir, de identidades parciales a desconocimientos, pero lentamente, en medio de tales contradicciones, me reconstruía” (426). Por otra, supone un proceso

²⁴ Vásquez Perdomo declara que existía la necesidad de “destacar mi condición femenina para no despertar sospechas” (174) dentro de la sociedad burguesa liberal. Creo que lo mismo se aplica cara al movimiento guerrillero. Las constantes referencias a la necesidad de encubrir lo que realmente es, permiten inferir que la simulación es un mecanismo de supervivencia para ella en ambas dimensiones.

²⁵ El señor barroco lezamiano “invoca una soberanía, que [...] no incide en el poder sobre los otros y las cosas, si no que se pliega sobre la calidad ética y estética de la experiencia de tal manera que, si bien concierne a lo inter-personal, sólo pone en juego una pluralidad de interiores, distanciándose de toda noción de poder objetivo”. Además, se autoconstituye “en la reciprocidad con sus íntimos y semejantes, entre quienes no reconoce prevalencias de rango, clase, género ni raza” (Duchesne, *Del príncipe moderno* 25).

persistente de extrañamiento que culmina en el desprendimiento de la etiqueta “mujer” (contraparte negativa del hombre) y en el rechazo a la desaparición de la diferencia femenina en el *hombre nuevo* colectivo. Se configura así un nuevo marco epistemológico donde posiciones subjetivas que no responden a una estructura falogocentrista son posibles. En este marco, surgen las *hembras guerreras*, sujetos femeninos autónomos y con poder de gestión política que emergen como yerros (léanse desvíos) de la máquina formativa guerrillera: “Uno de los fundamentos para la reconstrucción de mi identidad era el reconocimiento de mis diferencias de género, las cuales daban cuenta en buena parte de mis comportamientos, tanto en las estructuras militares como en las relaciones afectivas” (438).

Esta novedosa subjetividad atravesada por lo femenino da pie a la generación de formaciones comunales singulares en tanto son abiertas y resisten la estratificación social. A través del tendido de una red de afectos que no está reducida a núcleos familiares ni a grupos de guerrilleros, sino que incluye mujeres afiliadas a otros órdenes e incluso hombres; se busca producir encuentros entre diferentes y conseguir generar conciertos entre los mismos tanto en la dimensión individual como en la colectiva. Los múltiples “yoes” (algunos femeninos y otros masculinos) que emergen del recorrido mimético de Vásquez Perdomo, son articulados en su interior sin dejar que uno se imponga sobre el resto: “Debí entenderme con rasgos de lo femenino y de lo masculino que se enredaban. Esa mujer, que emergía de tal historia, poseía fortalezas y debilidades difíciles de administrar” (440). Del mismo modo, se busca armonizar las diferencias femeninas entre sí (la hembra guerrillera con la lesbiana, la ama de casa, la intelectual, etc.) para después conectarlas con la multiplicidad masculina (el guerrillero, el indígena, el intelectual, etc.), extendiendo el tramado amoroso. Como consecuencia, se produce una comunidad acuñada por afectos al interior de la cual todos tienen poder de gestión política y profesan una soberanía al estilo del señor barroco lezamiano en tanto ejercen “un señorío simbólico fundado en la memoria histórica e imaginaria del espacio autóctono donde se instala, y en su disposición a disfrutarlo de la manera más íntima posible, en amorosa compañía” (Duchesne, *Del príncipe moderno* 28). De esta manera, las hembras guerreras –siguiendo la trayectoria múltiple y abierta de su goce más²⁶ postulan un proyecto de estado donde se intenta resolver al menos dos contradicciones cruciales inherentes al modelo imaginado por la narrativa guevariana. Primero se reacciona ante

²⁶ La mujer es síntoma del hombre como Lacan afirma –de acuerdo a Slavoj Žižek– mas no precisamente porque no exista como “entidad positiva con plena consistencia ontológica” (188), sino en la medida en que “encarna la pulsión de muerte, aprehendida como una actitud ética radical y elemental en extremo de insistencia intransigente, de ‘no ceder en cuanto a...’” (189). En este sentido, “el hombre literalmente *ex-siste*: todo su ser se encuentra ‘allí afuera’ en la mujer. Ésta, por su parte, *no existe, insiste* [...] hay algo en ella que escapa a la relación con éste, la referencia al significante fálico; y, como es bien sabido, Lacan intentó captar este exceso mediante la noción de un *goce ‘no todo’ femenino*” (189).

la exclusión de las mujeres del estado utópico guevariano que supuestamente ofrece la igualdad para todos. La comunidad amorosa postulada por las hembras guerreras se funda en la inclusión y el respecto a toda diferencia. Y segundo, se da una respuesta creativa a la imposibilidad de concebir al hombre nuevo en términos de colectividad al interior de la narrativa guevariana dado que lo mismo implicaría colocar al ideólogo de la revolución y al miembro de la tropa (muchas veces indígena, otras veces mujer) en posición simétrica. Frente a esto, las hembras guerreras ofrecen una comunidad hecha de intercambios afectivos que no otorga ubicaciones definidas a sus miembros y les concede el poder de gestión política para dibujar recorridos propios (dentro y fuera de la comunidad) siguiendo los flujos deseantes que los atraviesan y movilizan.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis. *Freud y Lacan/Louis Althusser. El objeto del psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1970.
- Cabezas, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. La Habana: Casa de las Américas, 1982.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *El antiedipo (capitalismo y esquizofrenia)*. Barcelona: Paidós, 1985.
- Duchesne-Winter, Juan. *Del príncipe moderno al señor barroco: la república de la amistad en Paradiso de José Lezama Lima*. Cali: Fundación editorial archivos del índice, 2008.
- _____. *Política de la caricia (Ensayos sobre corporalidad, erotismo, literatura y poder)*. San Juan: Libros nómadas, 1996.
- Evans, Dylan. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- Guevara, Ernesto Che. *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*. Melbourne/New York: Ocean Press, 2006.
- _____. *Escritos y discursos*. Tomo 8. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977.
- _____. "Socialismo y el hombre nuevo". Montevideo: Marcha, marzo 1965.
- _____. *La guerra de guerrillas* (versión electrónica).
- Martí, José. *Diario de campaña*. Montevideo: Biblioteca de marcha, 1971.
- _____. *Nuestra América* (versión electrónica).
- Molloy, Sylvia. "Too Wilde for Comfort: Desire and Ideology In Fin-de-Siecle Spanish America". *Social Text* 31-32 (1992): 187-201.
- Payeras, Mario. *Los días de la selva*. La Habana: Casa de las Américas, 1981.
- Ranciere, Jacques. *Disagreement (Politics and Philosophy)*. Minneapolis/London: U of Minnesota P, 1995.
- Rodríguez, Ileana. *Women, Guerrillas and Love (Understanding War in Central America)*. Minneapolis/London: U of Minnesota P, 2004.



- Taussig, Michael. *Mimesis and Alterity (A Particular History of the Senses)*. New York/London: Routledge, 1993.
- Vásquez Perdomo, María Eugenia. *Escrito para no morir*. Bogotá: ILSA/Ediciones Antropos Ltda, 2001.
- Villamizar, Darío. *Aquel la será*. Santa Fe de Bogotá: Planeta Colombiana editorial, S. A., 1995.
- Viñar, Maren y Marcelo. *Fracturas de memoria*. Uruguay: Trilce, 1995.
- Žižek, Slavoj. *¡Goza tu síntoma! (Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood)*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1994.

